

Dominique Lapierre y Larry Collins

... O llevarás luto por mí

Biblioteca Dominique Lapierre



Dominique Lapierre y Larry Collins

# **... O llevarás luto por mí**

Traducción de J. Ferrer Aleu

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: ... *Ou tu porteras mon deuil*

© Larry Collins y Dominique Lapierre, 1967

© por la traducción, J. Ferrer Aleu, cedida por Random House Mondadori, S. A.

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: noviembre de 2010

Depósito Legal: M. 40.925-2010

ISBN 978-84-08-09670-2

Composición: Foinsa Edifilm, S. L.

Impresión y encuadernación: Brosmac, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## Prólogo

*La ciudad de Ronda se asienta, en precario equilibrio, sobre los rocosos hombros de una profunda barranca, a doscientos kilómetros del mar Mediterráneo, cerca de la punta meridional de España, en el borde de la orgullosa región llamada Andalucía. Ronda es llamada «nido de águilas», tanto por la rapacidad de sus moradores como por su encumbrado asiento. Allí, durante el ocaso de la Era de Oro española, era en que sus galeones habían llevado la guerra de conquista y la Cruz a un mundo abierto a sus audaces proas, los nobles de Ronda, durante los largos años de paz, se mantenían en forma para la guerra mediante un peligroso y sanguinario pasatiempo: montados a caballo, mataban toros bravos.*

*El lugar del ejercicio era el campo de equitación de la Real Maestranza de Caballería. Su objetivo, en Ronda como en el resto de España, era fomentar el valor de los hombres de pro y proporcionar de paso un espectáculo a los pobres que acudían a mirar y a llevarse a rastras los toros muertos en la plaza.*

*Durante uno de estos espectáculos, a comienzos del siglo XVIII, un noble y su caballo fueron derribados por la embestida del toro. El noble quedó apresado bajo su montura, indefenso ante los cuernos del toro al que había querido matar. Al disponerse éste a hundir las astas en su cuerpo, uno de los pobres lugareños alquilados para el servicio de la plaza de la Real Maestranza, saltó al ruedo. Empleando como engaño su sombrero andaluz de ala ancha, se atrajo al toro, alejándolo del indefenso jinete. Después, para admiración y espanto de sus nobles patronos, siguió agitando el sombrero ante los ojos del toro y,*

*atravendo la mirada del animal con sus movimientos, hizo que el astado pasara una y otra vez junto a su cuerpo.*

*Aquel pobre hombre se llamaba Francisco Romero. Era peón carpintero, pero, con los espontáneos movimientos de su sombrero andaluz, había fundado el rito de la moderna corrida de toros, lucha entre un toro y un hombre a pie, con el oscilante señuelo de un trozo de paño.*

*Durante treinta años, a partir de aquel día, Francisco Romero lidió toros a pie. Inventó la muleta, el paño rojo de los toreros, que reemplazó al sombrero como engaño. Cuando murió, era el primer matador de toros de España, y su improvisada acción en la plaza de la Real Maestranza de Ronda había cambiado para siempre la naturaleza de las corridas. Había transformado un arte ecuestre en una hazaña de un hombre a pie. El pasatiempo de los nobles españoles, realizado ahora por sus campesinos, se convirtió en espectáculo para la gente acomodada, representado para ella por los pobres y hambrientos hijos del país. Pero el peón carpintero de Ronda murió rico, y la cosecha de su vida abrió nuevos horizontes a sus pobres paisanos.*

*A partir de aquella tarde en Ronda, los jóvenes pobres de Andalucía tuvieron un camino para huir del hambre, un camino que pasaba frente a los cuernos de un toro bravo en los atardeceres de verano de los días españoles. Son millares los que siguieron este camino durante los dos siglos y medio transcurridos desde que Francisco Romero lo abrió con el revoloteo de su sombrero andaluz. A unos pocos, los condujo a una riqueza y a una fama como no pudieron imaginar en sus sueños de mozos pobres. A la mayoría, los llevó a la desesperación y al dolor. Y a más de cuatrocientos hijos de España los llevó a la tumba.*

*Ésta es la historia del largo y penoso viaje de un hombre que siguió aquel camino.*

## Capítulo 1

### La corrida (I)

—*Ite, missa est.* (Idos, la misa ha terminado.)

Por un instante, las palabras del sacerdote parecieron aletear en las oscuras sombras de la iglesia, suspendidas en el aire húmedo como una nubecilla brotada de un incensario. Después, el grupo de mujeres tocadas de negros mantos y arrodilladas en la penumbra delante de aquél, pronunció la respuesta, apenas audible, como final del sagrado murmullo de la misa:

—*Deo gratias.*

Oídas estas palabras, don Juan Espinosa Carmona volvió su robusto corpachón hacia el altar que tenía a su espalda. Mientras tanto, los crujidos de los reclinatorios de madera anunciaron la partida del puñado de viudas que acababa de oír su misa diaria en la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga. Eran las ocho de la mañana. Fuera, la ciudad de Madrid despertaba a la vida. Hileras de camiones pasaban ruidosamente por la plaza de Roma, frente a las grandes puertas de roble de la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga, para salir de Madrid en dirección al norte, hacia Guadalajara, Zaragoza y el mar.

Don Juan hizo una lenta genuflexión ante la puertecita abierta del sagrario. Después, con ademanes adquiridos en un tercio de siglo de hábito, comenzó otro rito que nada tenía que ver con la misa que acababa de terminar. Durante treinta años, había cumplido este rito todos los jueves y todos los domingos, desde marzo hasta octubre, así como todos los días de la segunda quincena de mayo, en la cual celebraba Madrid la fiesta de su patrón san Isidro. Cogió dos hostias consagradas del copón y las guardó en una cajita de plata del tamaño de un reloj de

bolsillo. Después volvió a meter el brazo en el sagrario y extrajo un frasquito de cristal que contenía los sagrados óleos. Por último, guardó ambas cosas en una cartera de cuero negro, en la que había metido previamente una estola encarnada y un poco de algodón.

Un momento después, don Juan se arrodilló y rezó ante los chisporroteantes cirios votivos encendidos por algunas de las enlutadas mujeres que habían oído la misa. Más arriba de los cirios, envuelta en su temblorosa y ambarina luz, la pálida cara de yeso de la Virgen de Covadonga destacaba sobre la penumbrosa hornacina. Mil doscientos cuarenta y seis años antes, aquella virgen se había aparecido a un puñado de nobles españoles y les había prometido la victoria sobre una horda de árabes que se encontraba cerca. Con esta acción, dice la leyenda, comenzó la larga reconquista cristiana de España, que había de durar siete siglos. Desde entonces, la agradecida España muestra una devoción especial a la Virgen de Covadonga.

Y así, como venía haciendo desde hacía treinta años, aquella mañana dirigió don Juan una oración especial a la Virgen de Covadonga, pidiéndole la gracia de no tener que usar, en las próximas horas, el sagrado contenido de la cartera negra que apretaba contra su costado.

Terminada la oración, se levantó, se santiguó y salió a la calle. Después, giró a la izquierda y se encaminó hacia los arcos moriscos de otro templo que se elevaba, bajo la luz del sol, a medio kilómetro de donde él se encontraba. Era la plaza de toros de Madrid, la plaza de la capital de España, catedral de un arte tan antiguo y tan español como la virgen a la cual acababa de venerar.

Don Juan era el capellán de la plaza de toros. Había empezado este singular ministerio cuando no era más que un joven sacerdote, completamente ignorante de los embrollos de la lidia. Ahora era un hombre más que maduro, y la comba de su estómago, que mantenía desabrochados dos botones de su sotana, era gráfico testimonio de su edad. Pero, en los treinta años que llevaba desempeñando su misión, don Juan se había convertido en un vehemente aficionado, y eran ya muchas las sotanas que había gastado en los asientos de cemento de la plaza viendo desfilar ante sus anteojos de montura cuadrada a tres generaciones de matadores de toros.



Sin embargo, las satisfacciones del singular cargo de don Juan tenían también su precio, y su figura encorvada, en las gradas de cemento de la plaza de toros de Madrid, representaba mucho más que una presencia simbólica. Doce veces durante aquel tercio de siglo, don Juan, con aceite de oliva de Granada, consagrado todos los años el día de Jueves Santo, había aliviado los últimos momentos de un hombre que moría joven y con traje de luces.

Ahora, mientras caminaba apresuradamente bajo el cálido sol del mes de mayo en dirección a la plaza, don Juan palpaba, debajo de su sotana y en una bolsita negra de algodón del tamaño de su dedo pulgar, el sello de su oficio. Era la llave del sagrario de la capilla de la plaza, donde, dentro de unos momentos, depositaría el contenido de su cartera de cuero. Envolviendo la llave, y sujeto con una goma elástica, llevaba un pedacito de papel rojo y amarillo.

Era el pase de don Juan para la temporada de toros en la plaza conocida vulgarmente con el nombre de Las Ventas, y, aquella mañana de mayo, era el documento más valioso que podía poseer un español. Exactamente dentro de diez horas, su firmeza y su sello oficial garantizarían a don Juan la asistencia a un espectáculo que toda España hubiese querido presenciar. Era la confirmación oficial de la elevación al rango de matador de toros de un estevado huérfano andaluz.

Quizá ningún otro, desde las últimas convulsiones de la guerra civil, había llamado como él la atención de la nación española. Para encontrarle un semejante en la reciente historia de la fiesta brava del país, los aficionados tenían que remontarse a diecisiete años atrás, a aquella tarde trágica de agosto en que el último gran ídolo español, Manuel Rodríguez *Manolete*, había muerto a las astas de un Miura en la ciudad provinciana de Linares, conmoviendo a sus paisanos, con su muerte, más de lo que jamás les había conmovido en vida.

Ningún matador de los tiempos modernos había provocado el frenesí, el histerismo colectivo y las vehementes controversias que habían acompañado el auge a la fama del joven cuyo arte presenciaría don Juan por primera vez aquella tarde.

Había venido de ninguna parte. Sólo un lustro antes de esta mañana de mayo, su nombre era únicamente conocido en los archivos de

media docena de cárceles y en las listas de delincuentes juveniles del puesto de la Guardia Civil de su pueblo natal. Ahora, en el umbral de la más importante lidia de su carrera, aquel nombre era casi tan conocido en su nación como el del hombre que simbolizaba la España moderna, el Caudillo de todas las Españas, el general Francisco Franco.

Era Manuel Benítez *El Cordobés*, y el joven que llevaba este nombre acababa de cumplir, el día 20 de mayo de 1964, los veintiocho años.

Apretando el precioso saquito de los sagrados óleos contra los pliegues de su sotana, el párroco de Nuestra Señora de Covadonga avanzaba en silencio hacia los atractivos arcos de ladrillo de la plaza de toros. Allá arriba, hacia el Norte, don Juan podía ver las faldas salpicadas de nieve de la sierra de Guadarrama abriéndose paso en el horizonte, granítico recordatorio del altivo aislamiento de su ciudad en la meseta castellana. Aquella mañana, una brisa cálida que se pegaba a los ojos caía sobre la ciudad desde la meseta. Don Juan sintió su compacto calor en el rostro y, a pesar de su sagrada carga, pensó que aquella brisa prometía un día ideal para una corrida de toros.

Por doquiera, los apresurados ciudadanos que rodeaban al sacerdote mostraban la excitación provocada por la corrida. Los purpúreos flancos de los autobuses de dos pisos de Madrid lucían el retrato de El Cordobés en enormes carteles anunciadores que exhortaban a los madrileños a «Beber vino “El Cordobés”». El diario más importante de España, el *ABC*, publicaba en su primera página una fotografía del Cordobés. Sus ejemplares aparecían colgados en los maderos de todos los quioscos de periódicos de la ciudad.

«La presencia de El Cordobés –escribió *ABC*–, levanta una tormenta dondequiera que vaya. Ha transformado el tranquilo lago taurino en un furioso océano.» «El Cordobés –escribió otro crítico– ha devuelto su emoción a la fiesta. De este muchacho puede esperarse todo.»

Junto al quiosco de periódicos de la plaza de Roma, que se hallaba en el camino de don Juan, un ciego veterano de la guerra civil ofrecía

una larga tira de décimos de la Lotería Nacional, afirmando que, aquella mañana, estaban benditos con la «suerte de El Cordobés». Las grisáceas paredes que flanquean la calle de Alcalá, que conduce a Las Ventas, se veían animadas por brillantes notas de color, carteles de la corrida, en negro, oro y escarlata, que prometían al público, según venían haciendo desde muchas generaciones, «seis magníficos toros, a las seis en punto de la tarde, si el tiempo y la autoridad lo permiten». Y en todos ellos había pegado un anuncio de tres palabras que recordaba al cura, al pasar éste por delante, el especialísimo privilegio de que gozaría dentro de unas horas: «No hay billetes.»

Esta frase, que el buen cura leía quizá con malsana satisfacción, no era completamente exacta. Todavía quedaban algunas entradas para la corrida; exactamente, dos mil seiscientas. Para lograrlas, millares de españoles corrían desaforados por un callejón de unos doscientos metros de longitud, denominado calle Victoria y situado a pocos pasos de la Puerta del Sol, histórico corazón de Madrid y centro geográfico de la propia España.

El callejón apenas tenía anchura suficiente para que pudiese pasar por él un coche americano. Se abría entre una quebrada de casas de piedra, de fachadas desconchadas y grises por el tiempo, y ventanas de postigos desvencijados por los años y el descuido, como esos pliegues de piel moribunda que penden de las comisuras de los ojos de los viejos. Desde una punta a otra, la calle olía a pescado frito y aceite de oliva rancio.

Este olor brotaba de los cafés que flanqueaban la calle, algunos de ellos no más espaciosos que un quiosco de periódicos. En los cristales de las puertas, amenazados ahora por la multitud que se apretujaba en la calle, se anunciaban en caracteres blancos las especialidades de cada establecimiento: calamares en su tinta, en Sol y Sombra; angulas, en La Oreja de Oro; morcillas de sangre, gruesas como el brazo, en Genera-life; callos, en La Alicantina. Sin embargo, lo que distinguía a estos cafés de los otros centenares que hay en Madrid no eran sus exóticos manjares, sino el estilo único de su decoración. Los muros, los tabi-

ques, incluso los techos de todos los cafés de la calle Victoria, estaban cubiertos de carteles de toros, de pinturas y fotografías, todo ello para dar testimonio de que una única y ardiente pasión unía a sus parroquianos.

En aquellos cafés, con su hedor a cerveza rancia y a vino agrio, y con su polvoriento suelo cubierto de escupitajos, de cáscaras de gamba y de colillas de cigarro, el mundo de los toros cerraba sus transacciones. Y, en el número 9, bajo un toldo azul y naranja ensuciado por las moscas, se hallaba la institución que había convertido la maloliente calle en capital de las corridas de toros y atraído a la impaciente multitud a su empedrado recinto. Era la empresa de la plaza de toros de Madrid, la oficina de la dirección de Las Ventas.

De acuerdo con la ley española, la dirección se había visto obligada a reservar un diez por ciento de sus veintiséis mil localidades para su venta al público en la mañana del día de la corrida. El restante noventa por ciento había sido vendido hacía semanas, con una prontitud inigualada en los anales del toreo. Ni una sola entrada se había vendido aisladamente. Sólo el público dispuesto a pagar el precio del abono para las dieciséis corridas de la larga Feria de san Isidro había podido adquirirlas. Y de esta manera, la dirección de Las Ventas, por primera vez en su historia y gracias a la presencia de El Cordobés en el cartel, había vendido hasta la última localidad de las corridas de la Feria de san Isidro. Este golpe de suerte, del que no existían precedentes, valió más de ciento cincuenta millones de pesetas a los empresarios de la plaza de Madrid.

Jamás había visto Madrid una tan gran demanda de localidades. La Policía se había visto obligada a interrumpir la circulación de automóviles por las cercanías a partir de las doce de la noche. Como los londinenses en vísperas de una coronación, millares de madrileños habían pasado la noche durmiendo en los portales o manteniéndose despiertos a base de café y coñac, para esperar a las siete de la mañana, hora en que la Policía había anunciado que se formarían las colas ante las taquillas. Oficinistas de reluciente traje y raída corbata dormían junto a obreros fabriles de pantalón de pana. Los revendedores, seguros de hacer un gran negocio con las entradas que pudiesen obtener, luchaban por un sitio en la acera con los entusiastas aficionados. Hombres

de negocios, generales e incluso ministros del gobierno, enviaban a sus ordenanzas y a sus chóferes a velar toda la noche en la calle. Desperdigados entre la multitud, se veían muchachos de trece y catorce años, enrojecidos los ojos por el sueño: eran los botones de los grandes hoteles de Madrid. Lo único que éstos veían de la corrida sería el pedacito de papel por cuya posesión tenían que pasarse la noche acurrucados en la acera, antes de entregarlo a uno de los ricos clientes de sus patronos.

Al amanecer, una nueva patrulla de policías se sumó a los que ya estaban en el callejón. Jamás, antes de aquel día, se habían visto obligadas las autoridades a enviar más de tres policías a vigilar la venta de entradas en la calle Victoria. Aquella mañana, enviaron dos docenas. Sin embargo, cuando sonaron las primeras claras campanadas en las múltiples iglesias de Madrid, incluso aquella fuerza policíaca fue arrollada por la multitud que corría hacia el toldo azul y naranja, con la esperanza de ocupar un puesto en la cola de la taquilla de Las Ventas.

Dos pisos más arriba de las asediadas taquillas, un hombre separó un par de cortinas de algodón color castaño y contempló con no disimulado entusiasmo la multitud que llenaba la calle Victoria. La chaqueta de su traje gris acero parecía nevada con la ceniza del cigarrillo que apretaba con nerviosa rigidez entre sus labios.

Abundantes pecas salpicaban su curtido rostro, cuyo largo perfil se perdía en las suaves y carnosas mejillas que pendían de sus sienes como las barbas de un gallo.

La afición no induciría nunca a este hombre a mezclarse con una multitud como la que bullía debajo de su ventana. Tenía el título de abogado, prefería pasar la tarde de los domingos cultivando su jardín en el campo que presenciar una corrida de toros, era un humanista amable que se estremecía a la vista de la sangre.

Sin embargo, la impaciente muchedumbre que se apretujaba en la calle Victoria representaba un triunfo personal para don Livinio Stuyck. Don Livinio era el empresario de la plaza de toros de Madrid. Desde su despacho, dirigía las actividades, no sólo de la primera plaza de toros

del mundo, sino de una cadena de ellas, amén de dos ganaderías de toros bravos y de ser apoderado de varios toreros. Casi una de cada tres corridas que se celebraban en España era fraguada en su despacho, y su prodigiosa serie de actividades hacía de aquel hombre tranquilo, que se echaba a temblar cada vez que veía la sangre de un toro salpicar la arena de una de sus once plazas, el más importante empresario del más español de los espectáculos: la corrida de toros.

Nada en su historia ni en sus antecedentes familiares había preparado a don Livinio para desempeñar la extraña profesión de empresario taurino. Había heredado otra institución española, la Real Fábrica de Tapices, fundada por sus antepasados flamencos, llamados a Madrid por Felipe V, en 1721. Los exquisitos legados de dicha fábrica cuelgan ahora en las paredes de las salas de banquetes y salones de El Escorial, el Prado y de todas las casas señoriales de España. En la fábrica de la familia, que olía a lana y a tintes, tuvo el joven don Livinio sus primeros contactos con la corrida. Pues, durante su infancia, había pasado largas horas contemplando la colección familiar de tapices con motivos taurinos, tejidos por sus antepasados sobre modelos pintados para ellos por un inquieto artista apellidado Goya. Pero su afición había quedado en esto, y el joven don Livinio se había puesto a estudiar la carrera de leyes. Una mañana de invierno de 1941, dos amigos visitaron al joven abogado y, mientras tomaban una taza de café, le pidieron que se encargara, en interés de ellos, de la vacilante dirección de la plaza de toros de Madrid. Era ésta una institución que Stuyck había visitado en raras ocasiones, cuando una corrida extraordinaria le había hecho abandonar su tranquila casa de campo. Era un empleo «provisional», pero Stuyck sabía que, «en España, las cosas provisionales suelen ser duraderas; las permanentes pasan más de prisa». Aceptó, pues, el cargo, y ahora, al cabo de veintitrés años, provisionalmente confirmado en su puesto, seguía rigiendo la más importante y afamada plaza de toros del mundo con la ordenada sensatez de su mentalidad jurídica.

Durante aquellos años, este inverosímil empresario había organizado más de dos mil quinientas corridas y enviado a más de diez mil nobles brutos, cuyos sufrimientos tanto le acongojaban, a morir bajo la espada de dos generaciones de toreros españoles. Había traído a Ma-

nolete a Madrid, y ayudado a preparar el largo y encarnizado duelo entre Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín, duelo que había hecho regresar a España a Ernest Hemingway por primera vez desde la guerra civil. Pero, esta mañana de mayo, tenía que confesar que ninguno de los espectáculos que había ofrecido durante aquellos dos años había desencadenado el entusiasmo y la emoción provocados por el extraño lidiador de toros y de tradiciones llamado El Cordobés.

Don Livinio no podía explicarse el fenómeno del éxito de este andaluz inculto. Y, en realidad, no le importaba. El hecho de su existencia era suficiente para el espíritu comercial de don Livinio. Junto con otros tres hombres, un tímido banquero de Sevilla, un cínico octogenario de Barcelona y un chalán retirado de San Sebastián, controlaba el mundo de los toros. Estos cuatro príncipes de la fiesta española reinaban sobre todas las plazas importantes de España. Toreros, apoderados, ganaderos, críticos y aficionados, todos dependían de sus caprichos individuales o colectivos.

Sin embargo, el espectáculo que dirigían había estado en decadencia durante los últimos diez años. Se murmuraba que en España se había perdido la afición. El tedio había empezado a adueñarse del espectáculo taurino. Una juventud indiferente corría detrás de otras diversiones. Desde la muerte de Manolete, ningún torero había galvanizado las multitudes y provocado, por el solo hecho de su presencia, la aparición en las taquillas del rótulo: «No hay billetes.»

Entonces ocurrieron dos cosas. La televisión llegó a España. Y, aproximadamente al mismo tiempo, un nuevo mesías de la muleta, el joven desgarbado que provocara aquel alboroto bajo la ventana de don Livinio, llegó de Andalucía. Con sus cabellos desgreñados, su angelical sonrisa y su terrorífico valor, el huérfano de Palma del Río sacudió los cimientos de la fiesta brava. Provocó controversias y vehementes vítores, admiración ruidosa y apasionado desprecio. Su rudo e ineducado estilo, su valor casi desdeñoso, eran capaces de provocar cualquier emoción menos indiferencia, y, difundidos en toda España por la televisión, produjeron un histerismo de masas como jamás se había formado alrededor de un torero. Barrió las telarañas de las plazas de toros, y, para no disimulada satisfacción de don Livinio y de sus tres colegas,

originó una demanda sin precedentes en las taquillas de todas las plazas de España, una frenética lucha por las localidades, de la cual era sólo una muestra la empeñada por la multitud frente al despacho de Las Ventas.

Don Livinio había conocido al futuro ídolo de España en la puerta de su plaza, una mañana de invierno, a mediados de los años cincuenta. El empresario de Las Ventas pensó que era «otro muchacho hambriento de Andalucía, de cara sucia, que iba a pedirle una ocasión para lidiar un toro». Don Livinio veía centenares de esas caras todos los años. Asediaban su despacho, su casa, su coche y sus plazas, pidiendo siempre lo mismo: una oportunidad para lidiar un toro.

Inútil pretensión. En las plazas de don Livinio no había oportunidades. Sus carteles estaban reservados a toreros de probada maestría, no a unos muchachos hambrientos y más capaces de saltar la barrera que de matar un toro.

Don Livinio recuerda que se volvió al muchacho plantado ante él y le lanzó un duro con el dedo pulgar. Para sorpresa de Stuyck, el muchacho cogió la moneda en el aire y se la devolvió en la misma forma.

—¡No quiero su limosna! —le chilló al empresario—. ¡Sólo quiero una oportunidad de torear!

Antes de que Stuyck saliera de su asombro, el chico alargó furiosamente un brazo señalando el graderío de Las Ventas, silencioso y vacío bajo el sol invernal.

—¡Maldito sea! —gritó—. Algún día llenará ese ruedo gracias a mí.

El empresario se echó a reír ante el orgulloso y patético ademán. Fracasado y herido, el muchacho se metió las manos en los bolsillos y se alejó hoscamente de la plaza.

Ahora, cinco años más tarde, la orgullosa profecía estaba a punto de cumplirse. Dentro de unas horas, las puertas de Las Ventas se abrirían ante el traje de luces, color tabaco y oro, del chico de la cara sucia. El hombre de cuya caridad se había burlado, había pasado tres meses negociando la vuelta de El Cordobés a su ruedo, esta vez como atracción principal de la feria más importante de la temporada taurina de España.



Hacía exactamente un mes que Stuyck había ultimado los detalles de la corrida con el apoderado de aquel muchacho a quien un día había echado de la puerta de Las Ventas. Según la tradición del mundo taurino, ningún documento oficial registraría los detalles definitivos de su acuerdo. En cambio, Stuyck los había anotado en la libreta roja de cubiertas de plástico que contenía todos los datos de su imperio de muchos millones de dólares. Tres eran las anotaciones: la fecha de la corrida, la ganadería que enviaría las reses, y los honorarios del torero.

Por los treinta minutos que tardaría aproximadamente en despachar dos toros, el muchacho que antaño había rechazado la limosna de don Livinio cobraría un millón de pesetas, la suma más elevada que jamás se había pagado a un torero.

Abroquelado detrás de las cerradas ventanillas, justamente debajo del despacho de Stuyck, José Ramos, jefe de los taquilleros, escuchaba acongojado el rugido de la impaciente multitud. Amontonados sobre el pupitre de tosca madera que tenía delante, estaban los dos mil seiscientos pedacitos de papel, del tamaño de un dólar, que la muchedumbre lucharía por arrancar de sus nerviosas manos. Hacía una hora que José Ramos había sacado los boletos de la caja fuerte de la oficina, contándolos uno a uno. Esta pequeña ceremonia había ido acompañada de la más dolorosa humillación que José Ramos había tenido que sufrir en los treinta y cuatro años que llevaba al frente de aquel angosto recinto. Compartiendo su casilla, estaba un hombre que nada tenía que ver con él ni con la fiesta brava: un inspector, de paisano, de la Dirección General de Seguridad. Era tal la demanda de localidades y tan desenfadada la actividad del mercado negro, que la Dirección, por primera vez en treinta y cuatro años, había enviado a un inspector para controlar la venta de billetes. Una actitud que hería en lo más hondo a José Ramos. Jamás, ni siquiera en los tranquilos días de Manolete y de Belmonte, nadie había puesto en duda la probidad con que desempeñaba su función.

«Ahora –pensaba Ramos– sólo porque un campesino de cabellos excesivamente largos había traído la locura a Madrid, el Estado español se creía obligado a invadir su mundo privado.» Irritadísimo, corrió

el herrumbroso pestillo de la parte inferior de la reja de la ventanilla y empezó a levantar la barrera que le separaba de la turbamulta exterior.

El precioso fajo de dos mil seiscientas localidades de José Ramos quedó despachado en menos de una hora. Terminada la venta de billetes, la calle Victoria se convirtió en un mercado negro al aire libre, en una especie de Bolsa ilegal de localidades para la corrida. Hablando en voz baja, escrutando los rostros de la multitud para descubrir el presunto cliente o al policía de paisano, los revendedores discurrían por las orillas de la calle, recogiendo el fruto de su vela nocturna en la cola de los billetes. Los precios tardaron poco en subir hasta quince veces su valor oficial. Había obreros fabriles que empeñaban su reloj para hacerse con un mal asiento de andanada de sol, y escribientes de Banco que sacrificaban tres meses de salario a cambio de una modesta localidad de sombra.

Mientras los revendedores traficaban con su mercancía, empezaron a pulular por la calle esos apasionados y solemnes caballeros que consagran toda su vida a la corrida, los aficionados profesionales dedicados al único pasatiempo más sagrado que los toros: la discusión. Llevando invariablemente chaqueta y corbata, a pesar del calor, y con sus sombreros de jipijapa echados sobre la frente para resguardar los ojos de los ardientes rayos de sol que caían sobre la calle, entraban y salían de los bares con la misma gravedad y el mismo afán de encontrar oyentes entendidos que muestran los lloraduelos oficiales en el velatorio de un político irlandés.

Su ateneo era La Alemana, fresca cervecería de paredes revestidas de oscura madera de nogal, situada en la plaza de Santa Ana, junto al «Corral», teatro nacional de España. Era un bar serio y tenebroso, de muebles sólidos y pesados, y cuya húmeda atmósfera tenía el olor ligeramente metálico de la cerveza vieja.

Aquí, entre rosadas montañas de gambas y parduscas lonchas de mojama, se reunía la aristocracia de la afición: toreros retirados, ricos ganaderos, empresarios, un grupo de distinguidos críticos taurinos y otras personas conocidas y acomodadas. Todos sorbían tranquila y des-

paciosamente su cerveza, y, como habían hecho durante décadas enteras, exaltaban a los toreros del pasado, menospreciaban a los del presente y desesperaban de los del futuro.

Hostiles a la revolución en todas sus formas, incluida la taurina, arciprestes de la forma y de la tradición, habían permanecido indiferentes al triunfo del desgredado huérfano andaluz. Éste ignoraba los cánones de un arte que ellos consideraban sagrado, y por ello le despreciaban. Sostenían que el chico había sustituido la gracia por la charlatanería, la destreza por un valor ignorante, la emoción digna por un atractivo vulgar. Le consideraban un payaso efímero, uno de esos tipos extravagantes que suelen aparecer cada década en la fiesta. Con agoreña tenacidad, predecían su rápido y merecido retorno a la oscuridad de la que acababa de salir.

Sin embargo, incluso para estos hombres dignos y mesurados, era algo más que un torero cuyo arte condenaban. Con sus largos cabellos, su risa burlona y su desdén por el rígido ritual de la corrida, parecía representar ciertas corrientes activas que se manifestaban en la nación y en su juventud, corriente que ellos no podían perdonar ni comprender. La pasión provocada por él, decían, procedía de las masas ignorantes de la técnica del toreo, de la multitud que reaccionaba al atractivo del ídolo más que a la faena del artista. Para los hombres de La Alemana, parecía reflejar en la plaza de toros el rápido auge de los valores de la masa en todos los aspectos de la vida española, un auge que amenazaba con hundir un día en la vulgaridad y en la mediocridad —y en la democracia— la atalaya desde la cual venían imponiendo los de su clase las elegantes y rígidas normas de la sociedad española. Sin embargo, su desdén no les impedía enarbolar, aquella mañana de mayo, una localidad para la corrida del joven a quien tanto despreciaban.

A cuatrocientos metros de La Alemana, en una acera que conducía hasta la entrada del Metro de Sevilla, había otro grupo menos atractivo aunque también relacionado con los toros: un mercadillo de toreros fracasados y hambrientos. Aquí se reunían los infelices y los sin trabajo del mundo taurino: toreros demasiado viejos, demasiado torpes y demasiado malos para torear; hombres que en alguna plaza remota habían contraído la horrible enfermedad del miedo y se habían pasado la

vida tratando de vencerla, aguantando pitas y broncas de plaza en plaza, hasta llegar a este mercado como último recurso, procurando siempre disimular su fatal defecto bajo una capa de orgullo, creyendo aún que, de algún modo, el día menos pensado ocurriría lo imposible y sus temblonas piernas aguantarían impávidas la embestida del toro; banderilleros rollizos, que corrían con los pies planos para hincar sus dardos de acero y soñaban entre la bruma de sus interminables cigarrillos en las gloriosas promesas de su juventud perdida; picadores, abrumados por los años y por el alcohol.

Mitigando sus desdichas con los recuerdos del ayer, esperaban que algún milagro volviese a abrirles el camino de aquellas tardes perdidas de luz y de triunfo. Vana esperanza, pues el único milagro que podía brindarles aquella acera era la ocasional limosna de un billete de cien pesetas deslizado en la orgullosa mano del torero por un transeúnte conocido, limosna no agradecida y que servía para aplacar el hambre de un día.

Pero los más patéticos eran los maetillas, inquietos golfillos del mundo taurino, que paseaban por las calles con sus maltrechos zapatos de lona y sus pantalones de vaquero, colgado del hombro el hatillo de sus pertenencias. Expulsados de sus remotos pueblos por el hambre o por la ambición, mendigaban ahora una oportunidad de pisar la arena de las plazas de toros.

Los horizontes de su esperanza eran muy reducidos. De cuando en cuando, pasaba por allí un torero de tercera clase, con el fin de sustituir a un banderillero herido o de reunir una cuadrilla improvisada. También solían acudir los representantes de los empresarios pueblerinos, buscando a un muchacho dispuesto a matar un par de toros en honor de la virgen de la localidad, por el pasaje en autobús y un puñado de pesetas. La única gloria que brindaban era la de torear en una plaza de mala muerte, perdida en una villa campesina, en la que no se disponía ni de penicilina. Allí, el único auxilio que recibía un torero herido eran las callosas manos de la partera del pueblo, o unos susurros en latín del párroco.

Hoy, en contraste con el ambiente de La Alemana, una excitación singular animaba su mundillo. El joven que se erguía esta mañana en

el pináculo soñado por todos los toreros era uno de los suyos. Había salido de esta acera y de otras parecidas que hay en toda España. Había compartido las esperanzas, las humillaciones y el hambre que ellos tan bien conocían. Para los hombres rotos y maltrechos, para los muchachos que aún no habían recibido el bautismo de sangre y que rondaban por los alrededores de la estación del Metro de Sevilla, el éxito de El Cordobés era el milagro al cual ellos aspiraban, el sueño que les impelía a seguir yendo, contra toda razón, a los remotos pueblos y a las plazas de mala muerte. Sabían por instinto lo que no querían ver los parroquianos de La Alemana: el amor al arte puede llevar a un hombre a las taquillas de la plaza de toros, pero sólo el hombre le hace lanzarse al ruedo. No trataban de comprender el arte de El Cordobés; comprendían lo que se proponía, pues procedían de la misma tierra hambrienta que él.

Para otros españoles, alejados del mundo del toreo, las hazañas del joven andaluz simbolizaban valores muy diferentes de los que se le atribuían en La Alemana o en la estación del Metro de Sevilla. El fabricante Pecho Ruza había guardado cuidadosamente las dos entradas para la corrida de hoy bajo el cristal de su mesa escritorio, en su oficina del piso 14 de la «Torre de Madrid». Ruza asistía regularmente a todas las corridas de la Feria de san Isidro. Pero hoy, por primera vez, el asiento contiguo al suyo estaría ocupado por su hijo de catorce años. Ruza quería que la confirmación del huérfano andaluz fuese también una especie de confirmación para su hijo, una confirmación de que la «herencia de valor de los españoles le apoyaba y le ayudaría a desenvolverse en la vida».

Su hijo necesitaría el aliento de aquel valor. Hasta hacía pocos meses, había estado inválido a causa de la poliomielitis.

El interés despertado por el debut en Madrid de Manuel Benítez *El Cordobés* no era exclusivo de la capital de España. Bajo los rosados arcos de la Plaza Mayor de Salamanca, en las calles aledañas de la historiada catedral de Burgos, en las sombreadas Ramblas de Barcelona y en el Paseo Marítimo de Málaga, tachonado de palmeras, las conversa-

ciones estaban dominadas por el tema de la próxima corrida. Ciudades como Granada y Valencia, donde El Cordobés había triunfado, y villorrios perdidos por cuyas plazas de mala muerte había pasado aquél en su largo camino hacia Las Ventas, todos hablaban hoy de la corrida con posesivo orgullo.

Sin embargo, en ninguna parte se esperaba la corrida con un fervor tan intenso como en dos lugares a orillas del Guadalquivir: Córdoba, antigua capital de los Califas, y, a pocos kilómetros de distancia, Palma del Río, pueblo natal de Manuel Benítez. Córdoba, cuyas calles encaladas parecían frecuentadas todavía por los oscuros soberanos del desierto que antaño gobernaran un Imperio desde sus puertas, sentía que su historia estaba más íntimamente ligada con la fiesta brava que la de cualquier otra ciudad de España. Aquí, cien mil personas afligidas habían desfilado ante el féretro del héroe local de Córdoba, Manolete, hijo de un antiguo matador de toros. Una prolifera e interminable procesión de toreros había salido del barrio pobre cordobés de Santa Marina para estampar sus huellas en la historia del toreo. Cuatro de ellos, Lagartijo el Viejo, Guerrita, Bombita y Manolete llegaron a dominar de tal modo el toreo de sus generaciones que la ciudad los llamó los «cuatro califas de Córdoba». Sus nombres fueron grabados en piedra en el campanario del siglo XVII de la iglesia de Santa María. Los ancianos de Córdoba acudían en procesión diaria a este santuario a poner sus relojes en hora al sonar su carillón.

Córdoba había adoptado con todo el entusiasmo de su afición al analfabeto campesino de su provincia que había resuelto hacer sonar su nombre en las plazas de toros españolas y que había fundado aquí su primer hogar. Parecía ya seguro que, un día, también el nombre de Manuel Benítez sería grabado en la torre de piedra del reloj de Santa María. Sería un honor conmovedor e irónico para un muchacho cuya entrada en la ciudad de los Califas había sido como preso de su cárcel, cumpliendo una sentencia de tres meses por vagancia.

Para el pueblo de Palma del Río, lugar natal del torero, era un día de importancia histórica. Por feliz circunstancia, coincidió con la inauguración de la feria anual de cuatro días de la población. Esa mañana, los vecinos se agolpaban en las casetas a rayas montadas para la oca-

sión. Un alegre tiovivo giraba suavemente acompañado por el zumbido de un motor diesel y por la música de un organillo. Cerca de él, un ciego canturreaba antiguas leyendas de príncipes árabes y princesas cristianas cautivas. Una abuela gitana decía la buenaventura, mientras, en el exterior, sus nietos bailaban flamenco al alegre compás de las castañuelas de su madre.

Sólo la húmeda sombra de la iglesia parroquial ofrecía un oasis de silencio en el alegre tumulto. Arrodillado bajo un fino rayo de luz que penetraba en la iglesia a través de los cristales pintados de un ventanal, don Carlos Sánchez, párroco de Palma, levantó los ojos del breviario al oír a su espalda el rumor de unos pasos furtivos que se deslizaban en dirección al altar. En el mismo momento, una mujer cubierta con un negro pañuelo pasó junto a él y se encaminó hacia una urna de cristal que parecía una casa de muñecas y que se hallaba al lado de la puerta de la sacristía.

Dentro de la urna, envuelta en un manto de seda blanca bordada a mano con hilos de oro, y empuñando un cetro de plata, había una imagen de la Santísima Virgen de Belén, patrona de Palma del Río. Era obra de un desconocido escultor cordobés del siglo XVII. En los tres siglos y medio transcurridos desde que sus manos labraran sus menudas y delicadas facciones en la madera de una joven acacia, todas las esperanzas y miserias, todos los sufrimientos y aspiraciones de Palma del Río habían sido puestos a sus diminutos pies. Para su intercesión, ningún mal era demasiado pequeño, ninguna empresa demasiado desesperada. Era llevada por las empedradas calles del pueblo para bendecir el lecho de los enfermos y de los moribundos; se la invocaba para que convirtiese en fecundas a las mujeres estériles y para que curase a aquellas cuya salud habían quebrantado los numerosos partos; para que pusiera fin a una sequía, o coto a una inundación; para que bendijese a los recién nacidos o terminase piadosamente con los sufrimientos de los ancianos.

La mujer del negro pañuelo le traía aquella mañana un ruego especial. Para Angelita Benítez, de cuarenta años, los triunfos de su hermano constituían otros tantos sufrimientos. Cada vez que Manuel Benítez pisaba un ruedo, una oleada de dolor atormentaba a la mujer que le

había criado como a un hijo. Angelita Benítez se había pasado toda la vida tratando de alejar a su hermano menor de los toros. Para Angelita, el glorioso momento esperado por los restantes vecinos del pueblo representaba un fracaso, su fracaso en la única tarea que se había impuesto en su vida.

Sola con sus temores en el villorrio en fiesta, suplicó a la patrona de Palma del Río que amparase a su hermano aquella tarde. Un singular nerviosismo acompañaba sus oraciones. Dentro de unas horas, ante el aparato de televisión que El Cordobés le había comprado para el acontecimiento, presenciara el ritual que había de confirmar la maestría de su hermano en la profesión de la cual ella había jurado apartarle. Sería la primera vez que Angelita Benítez vería una corrida de toros.

La voz de protesta de una hermana, que trataba de alejar a su hermano de los toros, había sido sólo un desesperado murmullo junto a las otras voces que le empujaban hacia los brillantes horizontes de la tauromaquia. Para su pobre, orgulloso y hambriento hermano menor, estas otras voces habían tenido un atractivo irresistible, un atractivo tan viejo y tan español como la propia España.

Ciertamente, para comprender a España —escribió José M.<sup>a</sup> de Cossío, el más grande historiador de la fiesta brava—, había que comprender también el toreo. Tan profundas y numerosas son sus raíces, que ninguna fase de la vida española, desde el arte a la industria y el comercio, escapa a su influencia. Quizá tiene con España la misma íntima relación que tenían las Olimpíadas con la antigua Grecia.

Es un rito cruel, deformado por una larga capa de romanticismo, un espectáculo en el cual la codicia es a menudo tomada por arte. Pero, a pesar de todo, de su venalidad, de su corrupción y de sus fraudes, el espectáculo cuya simbólica renovación era esperada por tantos en aquella tarde de mayo, era constante y fiel manifestación del orgulloso carácter español.

España ha sido una nación condenada por los Pirineos a vivir irremediamente sola sus siglos de formación. Mientras el Renacimiento florecía en Europa, ella se había visto obligada a forjar una nación expul-



sando de su suelo a los conquistadores árabes. Mientras sus vecinas del Norte se disputaban los primeros frutos del mercantilismo, ella se había asignado la misión, más espiritual, de catolizar al mundo, malbaratando un Imperio por la Cruz. Llevaba en sus venas una mezcla de sangre árabe, judía y cristiana. Su dura e imponente tierra estaba más alta, tenía menos agua y exigía, para dar frutos vitales, una mayor contribución de sudor y de trabajo que la de cualquier otro rincón de Europa.

Sus circunstancias adversas y su aislamiento dieron origen a un pueblo ardiente, un pueblo criado para la fatiga, indiferente al sufrimiento, poseedor de un bello desprecio a la muerte. España engendró a Cervantes y a san Ignacio de Loyola; pudo ofrecer al mundo, tanto la quintaesencia de la caballeridad, con Don Quijote, como su equivalente en crueldad, con la Inquisición. Era una tierra de sombríos y tormentosos contrastes, de violencia y de ternura exquisita; de pasión física y contención religiosa; todo ello perfectamente resumido en la misma división de la plaza de toros: sol y sombra.

Sólo esta tierra, tan próxima y, sin embargo, tan alejada del resto de Europa, esta España de dolor y sufrimiento, con su místico culto del honor, el valor y la muerte, podía haber creado el ritual con el que hoy honraba a su nuevo acólito. Con su brutalidad, compensada por su efímera belleza, su glorificación del valor físico y del desprecio a la muerte, ofrecía un vivo retrato de los valores más apreciados en España: «Sólo dos cosas –dice un dicho popular– siguen siendo únicamente españolas: el jerez y los toros bravos.»

Y ninguna bestia era más adecuado complemento del hombre en la fiesta española del valor y la muerte que el toro bravo, cuyos salvajes predecesores corrían en libertad por los campos de Iberia. Símbolo de fuerza, de fecundidad y de bravura, el toro había sido, desde la Antigüedad, objeto de la veneración del hombre. Diez mil años antes de las corridas, el hombre prehistórico le había rendido homenaje pintando su salvaje imagen en las paredes de sus cavernas. Indios y persas adoraron su forma en sus templos. Los minoicos de la antigua Creta y los semitas del Antiguo Testamento, adoradores de Baal, lo sacrificaban en sus ritos religiosos como sangre propiciatoria para la remisión de sus pecados. Aquellos sacrificios paganos fueron el origen de los sangrien-

tos juegos de Roma y hallaron más tarde una simbólica renovación en el ofrecimiento cristiano de la vida del Hijo de Dios para la redención del hombre.

Religiosa por instinto más que por reflexión, primitiva en la expresión de su fe, perpetuamente angustiada por el enigma mortal de la naturaleza humana, España parecía casi predestinada a servir de crisol en el cual refinar el sacrificio redentor. Conjugando treinta siglos de rito sagrado e idolatría pagana con los juegos circenses de sus colonizadores romanos, España dio, en la sombría ceremonia de sus ruedos, una nueva forma al sacrificio sangriento.

En la España cristiana, la fiesta brava siguió siendo esencialmente un festival de muerte, calidad que la soldaba íntimamente al alma española. Pero el carácter español no podía avenirse a perpetuar el sacrificio del toro bravo sin poner en la acción la marca de las virtudes hispanas. El fatal destino del toro bravo no era menos cierto en la fiesta española que en los ritos paganos. Pero el toro dejó de ser únicamente una víctima simbólica. La nación que idolatraba el valor y el honor ofreció al animal que se disponía a sacrificar el noble privilegio de defender con toda su fuerza salvaje su malhadada existencia. En una palabra, la víctima se convirtió en vehículo, el vehículo contra el cual podía medir su valor el español, y el sacrificio pagano recibió la inyección de un nuevo espíritu que alteró sus dimensiones tradicionales introduciendo en él la idea de peligro. Ahora, antes de morir, el toro de la mitología tenía oportunidad de herir o matar al hombre que pretendía quitarle la vida. Fue un gesto digno del orgullo español, que convirtió la fiesta brava en algo más que un deporte o un espectáculo, la plaza de toros en algo más que un teatro, y el toro en algo más que un accesorio de la vanidad del hombre.

El primer nombre que figuró en los carteles de la fiesta brava fue el de Julio César, de quien dicen varios historiadores que lidió toros a caballo en Sevilla, en Cádiz y en el Coliseo de la Roma imperial. Durante diecisiete siglos, hasta la histórica intervención del peón carpintero en el ruedo de Ronda, la corrida de toros fue pasatiempo de príncipes y nobles. En las décadas que siguieron a la intervención de Romero, la institución nacida de los movimientos del sombrero de un carpintero

construyó su primer templo en los rocosos riscos de Ronda. Francisco Romero, su nieto Pedro y un grupo de discípulos, convirtieron la corrida, de anárquico combate, en un ritual regido por sus propias normas y tradiciones. Para Romero y aquellos primeros toreros, los diversos actos de la lidia no eran sino fases conducentes al momento culminante de la fiesta: el acto de matar al toro bravo. Pero pronto la fiesta tuvo su cisma, con el auge de otra filosofía del toreo oriunda de la ciudad de Sevilla. Cada acto de la corrida se convirtió por sí solo en una finalidad, y los adeptos de la nueva escuela, al quitar a la lidia parte de su salvajismo, introdujeron en ella los conceptos de gracia y elegancia.

Pero, fuese cual fuere la escuela de la que procedían los ídolos, el espectáculo proporcionaba a España un nuevo filón de héroes nacionales, hombres como Joaquín Rodríguez *Costillares*, pintado por Goya, Rafael Sánchez *Lagartijo*, que mató 4.867 toros en una maratón de cuarenta y dos años, Manuel García *El Espartero*, aclamado en una canción como «rey de todos los toreros».

Estos matadores plantaron los hitos de la historia española y sus personalidades en contraste parecían captar el espíritu de las generaciones que los idolatraban. En los años que precedieron a la primera guerra mundial, la fiesta española estuvo dominada por un hombre considerado a menudo como el torero más grande de la historia: José Miguel Gómez y Ortega *Joselito*. Hijo, sobrino y hermano de toreros, fue retratado a los dos años con un estoque en la mano, saltó a una plaza pueblerina a los nueve y empezó su carrera profesional de lidia-dor a los doce. Celebró su decimosexto cumpleaños matando seis toros de tres años, y, antes de los veintiuno, fue aclamado como el genio más grande que jamás produjera la fiesta. Con su serena elegancia y con la belleza clásica de sus movimientos, Joselito parecía compendiar toda la gracia y el estilo de un mundo que moría para siempre ante los cañones de 1914. Tan instintiva era su técnica, tan completo su dominio del arte, que toda España decía que «ningún toro pillaría nunca a Joselito». Pero España se equivocó. El 16 de mayo de 1920, dos años justos después del colapso del mundo tan bien simbolizado por su elegancia, un toro llamado *Bailaor* mató en la ciudad de Talavera de la Reina al ídolo a quien España había creído inmortal.

Su sitio en el pedestal fue ocupado por un chico feo y desmedrado, con un tic nervioso y piernas torcidas por la sífilis congénita, hijo de un buhonero del barrio gitano de Triana, en la margen izquierda del río Guadalquivir. Se llamaba Juan Belmonte y llevó sus estevadas piernas a terrenos que nadie se había atrevido a pisar hasta entonces. La multitud que había aplaudido la fría belleza del arte de Joselito se horrorizaba ahora ante el bronco coraje de Belmonte, y se precipitaba a la plaza para verle actuar antes de que le ensartaran los pitones de un toro.

Ni lazos familiares ni tradición alguna le ayudaron a subir. Salió por sí solo de los barrios bajos de Sevilla y, a fuerza de voluntad, armó una revolución en el toreo. Cuando se retiró, había modificado casi todos sus cánones. Incluso se cortó la coleta, el horrible mechón de cabello que, durante generaciones, había marcado al torero como un hombre distinto de los demás, e inició la invasión por los toreros de los salones de la alta sociedad española. Así como la elegancia de Joselito había simbolizado la gracia de una era que moría, el tosco valor de Belmonte pareció anunciar el inicio de nuevos tiempos. Era la España que pedía justicia y democracia, que alborotaba con las exigencias de sus sindicatos, de sus socialistas y de sus desenfrenados anarquistas, iniciando el camino hacia la tragedia de la guerra civil española. En cuanto al temerario Belmonte, cuya muerte en el ruedo se había dado por segura, vivió y acabó suicidándose a los setenta años.

El tercer gran ídolo que surgió en el siglo xx fue Manuel Rodríguez, *Manolete*, el cual entró en escena en el verano de 1939, recién terminada la guerra civil. Tenía ojos negros y tristes, y su rostro anguloso helado en una máscara de melancolía. Esta cara indujo a los críticos a llamarle el Caballero de la Triste Figura. Sus faenas eran severas y sombrías tragedias, y la nación que lloraba a medio millón de muertos parecía encontrar en ellas el eco de su propio dolor todavía vivo. Durante siete años, su triste y solitaria figura dominó el toreo, coincidiendo su reinado con el angustioso período de la vida española, en el que, tan alejada de los amigos como de los enemigos, España sufrió y pasó hambre en estoico silencio. Cuando Manolete murió en la tragedia de Linares, en 1947, una parte de España pareció morir con él.

Ahora, España tenía un nuevo ídolo, el indómito vagabundo de Andalucía, cuya corrida de esta tarde despertaba tan enorme expectación. Y era una nueva España la que le idolatraba, una nación completamente diferente ya de aquella triste y malherida España que había enterrado a Manolete en el cementerio de Córdoba.

Era la España de la televisión y de la más extraordinaria invasión turística que jamás hubiera visto el mundo; catorce millones de forasteros en un año, casi uno por cada dos españoles, que franqueaban los Pirineos en una interminable carrera en busca de sol y traían en sus Austin, Renault y Volkswagen las semillas de una revolución social que había de cambiar para siempre el carácter aislado de la nación hispana. Era la España de la ayuda americana y del desarrollo económico, de la industrialización y de los pueblos migratorios. Los rascacielos se recortaban ahora en sus horizontes, y la construcción pública de viviendas rebasaba el ámbito de las ciudades, extendiendo sus límites a las áridas llanuras que las rodeaban. El zumbido de los motores ahogaba los chirridos de las carretas tiradas por asnos, y el golpeteo de los martillos mecánicos rompía los tranquilos ritmos de los callados suburbios.

Como una erupción, surgían los establecimientos de baños y los bares en los lugares de descanso: Saint Tropez, Soho y Broadway, símbolos del antaño desdeñado mundo de allende los Pirineos, lanzaban el estruendo del *rock and roll* y vendían pescado frito, hamburguesas y filetes con patatas. Las ayer desiertas playas vieron surgir una profusión de nuevos edificios, inspirados en el estilo de Miami y de California del sur.

Era la España de una juventud nueva e inquieta, de una juventud que miraba perpleja a los dignos caballeros del bar La Alemana, que ponía en tela de juicio el pasado, se mostraba descontenta con su presente y dirigía cada vez más su mirada hacia la Europa occidental en busca de la solución de su futuro. De la misma manera que El Cordobés desafiaba sonriente los cánones seculares del arte taurino, así esta juventud sacudía impaciente los pilares de la rígida y estructurada sociedad española. Llevaban pantalón vaquero y mascaban chicle, se dejaban crecer el pelo como El Cordobés, bailaban el *monkiss* y viajaban en *scooter*, leían las hasta entonces prohibidas obras de Sartre y empe-

zaban a discutir las verdades del dogma religioso y las normas de continencia sexual que les habían inculcado sus mayores. Donde, cinco años antes, había proclamado el cardenal primado de España que era pecado mortal que las parejas se cogieran las manos en público, las jovencitas se lanzaban a la playa en bikini y besaban riendo a sus novios en la oscuridad de los portales de Madrid. Como Brigitte Bardot en Francia, y como habían de hacer más tarde los Beatles en Inglaterra, El Cordobés se había convertido en España en símbolo de esta generación cambiante, en el inconsciente portador de su virus hasta los más remotos rincones de la nación.

También era una España que empezaba a despertar del largo e incómodo sueño impuesto por la guerra civil. El año anterior se había producido un acontecimiento extraordinario: mineros de Asturias y obreros metalúrgicos de Bilbao habían tratado de obtener mejores condiciones de vida empleando un arma ilegal en la España de Franco, la huelga. Jóvenes sacerdotes, desafiando las porras de la Policía y el disgusto oficial de sus obispos, se habían puesto del lado de los trabajadores para ofrecerles apoyo y el aval moral de su presencia. Sucesos similares se habían registrado en Castilla y Cataluña. En Andalucía, la Guardia Civil había sido llamada para poner orden entre sectores campesinos que se agitaban no para conseguir un pedazo de pan, sino una mayor participación en la prosperidad que empezaba a conocerse hasta en sus pobres provincias.

Estos pequeños ataques contra un régimen duro eran manifestaciones indicativas del deseo que sentían las masas españolas de conocer una vida mejor y menos limitada que la ofrecida por los vencedores de la guerra civil. No resultaba sorprendente que mucha gente hubiera convertido en su ídolo al inquieto matador de Palma del Río. Manuel Benítez había conocido una de las pobrezas más desesperadas de España, y había quedado marcado por los pecados de sus padres republicanos. Sin embargo, con un indomable coraje, había conseguido escapar de la miseria que ahogaba su vida. Para muchos españoles, la fulgurante subida de El Cordobés fue como un eco de sus aspiraciones largo tiempo defraudadas; el triunfo de este torero supuso como una victoria colectiva sobre un enemigo común.

Sin embargo, ninguna de estas consideraciones, ni el frenesí emocional levantado por la corrida de hoy desde Málaga a Barcelona, había hecho mella en su actor principal. El joven que, dentro de poco, se enfrentaría con los imperiosos requerimientos de dos toros bravos y de los aficionados más exigentes del mundo, se había mantenido al margen de toda la actividad provocada en Madrid por su persona. Por el contrario, había huido de sus amigos y admiradores, ocultándose en el cuarto piso del Hotel Wellington, en un tranquilo barrio residencial de la capital.

Allí, Manuel Benítez *El Cordobés* había pasado esta mañana de la más importante corrida de su vida, sumido en profundo y tranquilo sueño.

Cuatro plantas más abajo de la habitación en que dormía el torero, un par de hombres de aspecto preocupado se abrían paso en el atestado vestíbulo del Hotel Wellington. Ambos eran de baja estatura. Uno de ellos era magro y huesudo; llevaba peinados hacia atrás sus largos mechones rubios, y una hilera de dientes de oro iluminaba su rápida y nerviosa sonrisa. Se llamaba Pepín Garrido. Su compañero era más joven, rollizo y con aspecto de osezno. Cuando andaba, parecía elevarse sobre los redondos pies, imprimiendo a sus movimientos un aire de rapidez contenida, como la del gato que acecha a un pájaro incauto. Se llamaba Paco Ruiz.

Una cierta atmósfera de respeto les envolvía mientras avanzaban hacia la jaula de José, el viejo ascensorista del Wellington. Eran los banderilleros de *El Cordobés*. Media hora antes, habían intervenido en los corrales de Las Ventas en la ceremonia del sorteo, mediante la cual se habían asignado los toros de la corrida de la tarde a los tres toreros del cartel. Y era el resultado del sorteo lo que había impreso en sus rostros su expresión desacostumbradamente preocupada.

Acababan de dar las doce del mediodía en el campanario de la vecina iglesia de Nuestra Señora de Covadonga cuando empezó el rito de